

Tema para una novela trágica.

A LA SEÑORITA MARCELINA ALMEIDA.
(Continuación.)

Querida Marcelina.

Sigamos nuestro cuento, hija del alma, ó como dicen por las Provincias aquellas de marras que tu conoces, si gamos contando que ellos son la carne. Voy á contarte lo que he sabido del padre aludido, con referencia á mi última carta. Me dicen, Marcelina, que ninguna le ha hecho peor efecto. Es claro, á medida que vayamos avanzando en la novela, irá siendo cada vez mas interesante. Entre chanzas y veras yo te hablaba en mi anterior de los retorcijones del colerín y de los de la conciencia; y el caso es que los ha habido en regla.

Me cuentan que el padre aludido estaba convulso cuando leía mi carta. Figurate que tenía la República agarrada con las dos manos, y era tal la crisis de los nervios del viejo, que hasta los anteojos oscilaban sobre su afilada nariz. Ya se ve, el caso no era para menos, para tragarse aquella píldora habia que fruncir un poco el entrecejo.

Y sin embargo, Marcelina, yo ni estiro tengo; escribo como hablo porque será entonces que tanto se pica el padre aludido? ¿Porque digo la verdad? Ha de ser mas por el orgullo viejo, que por otra cosa. Ni por pienso creyó él nunca salir á bailar en la cuerda floja de las letras de molde. Todavía si hubiese sido para tributarle algunos salmos, por su talento y virtudes, como literato, como cristiano y como hombre de altura....!

No en valde dice el buen señor, que yo pretendo cerrarle las puertas de las casas de Montevideo; en lo que parece una equivocación, pues debió decir que es él mismo quien se las cierra, que son sus hechos; y á tal grado puede llegar el negocio, que no sean solo las puertas de las casas las que se le cierran, sino también las de los claustros, conventos é Iglesias, lo que es peor todavía. Vade retro Satanás!

Es verdad que en esto último no perderá mucho quien no es cristiano práctico; quien no lo es sino por gala, ó por.... conviene—¿Me entiendes, Marcelina?... Yo, por mi parte, nunca lo he visto comulgar una sola vez; puede ser que lo haga, muy en reserva—Pero, en fin, ¿qué se me dá á mi de todo eso?... Es cierto que esta circunstancia ha llamado la atención á mucha gente de la iglesia; como no la llama menos cierto indiferentismo y alejamiento de familia, por causas..... no revolbamos trapitos para sacarlos al sol.... Dejemos ese trabajo para cuando salga el folleto del padre aludido... ah! cuanto me tarda ver ese trabajo! Se me está figurando, Marcelina, que el tal folleto va á ser la segunda edición del parto de los montes. ¿Sabes tú lo que parieron los montes de la Fábula?... Un ratón, hija mia! Valgame Dios! ellos tan grandes y tan altos, y el hijito tan chiquito y tan asquerosito!...

Venga en buenhora esa maravilla de estilo y erudición, porque así seirme á destajo—Ya verás, Marcelina, si tengo ó no genio previsor; ya verás si me engaño en lo que he predicho del Folleto, porque lo conozco al buen viejo, como si lo hubiera parido. Habrá risa y risotadas—Vete preparando, pues según dicen ya está en el capítulo 78, y la obra se compone nada mas que de 100. Oh! es mucha la fecundia, del señor padre aludido; algunos puede ser que se duerman desde el primer capítulo del libro, en que no habla sino de él; pero nosotros, tendremos que trasnochar.

Continuemos nuestro asunto, Marcelina, porque sino no faltará quien diga que es mucha la tierra que yo le tengo al buen señor; y esto no es cierto; yo lo que hago es divertirme con el reverso de esa medalla, que es una pieza digna del monetario de Londres.

No lo considero por el lado serio, circunspecto y religioso, sino por el otro lado, el de los hechos prácticos; y á veces, te aseguro que me dan tentaciones de retratarlo al natural, poniéndole abajo el nombre y apellido; pero esto vendrá también cuando contestemos al folleto.

Ven, Marcelina, dame la mano de la imaginación, y déjate guiar, hija del alma, por tu amiga Angela. Es de noche y va á tener lugar el casamiento aquel.... Me parece que lo estoy viendo!... Si, lo tengo delante aun....

Nuestro viejo no cabia en la sala! Si lo hubieras visto.... ah! todo se le volvía dar á los otros felicitaciones. Figurate, Marcelina, como serían las que interiormente se daría él á sí mismo, en llamarse ya padre de la niña! Y luego nos ha salido el tal viejo con que no le gustaba el casamiento, con que no fue nunca de su aprobación!!! qué hipocresía! te aseguro amiga mia, que si tal cosa repitiera en su folleto el padre aludido, le diría que no tenía pudor, ni lo conoce siquiera por el forro.

Era tanto lo que el viejo se regocijaba, que creo lo que te he dicho ya en otra ocasión. Si no hubiera sido la enorme barrera de los años que lo separaba de la niña y otros inconvenientes insuperables, pues dicen que es casado y que aun vive su Sra. esposa,

hubiera sido muy capaz de habérsela jugado á su propio hijo.... Pueden ser eso y mucho mas es capaz de atragantar el padre aludido; y sin embargo, no puede tragar las píldoras de mis cartas... que original!

Ello es que en aquella noche, el buen Señor, me recordaba el Gastronomo sin dinero... qué hambre canina!

Su señor hijo, no se felicitaba menos de verse bueno, y ser ya el esposo de aquel pobre angel; pero habia un no se qué de siniestro en su fisonomía, que bien luego se trajo en hechos.

Voy á contarte algo horrible, Marcelina. Recibida por los esposos la bendición nupcial, la madre de la niña, desecha en llanto, despues de estrecharla en sus brazos, le dijo al esposo su nuevo hijo ya mas serena—¿Y qué! no hay un abrazo para mí?

Pues bien: sabes, Marcelina, lo que el esposo contestó á aquella tiernísima espresion del maternal cariño?—Hay tiempo, Señora! y esto con un acento sarcástico, que hacia tanto mas amargo el dolor de la madre.

No soy supersticiosa, Marcelina, pero en aquel momento el esposo que así hablaba, tenía la corbata blanca atravesada, pues se le habia corrido. Esta circunstancia me hizo decir entre mí—¿acaso tiene el alma lo mismo! Qué horrible cosa!

Nuestro buen viejo, el padre aludido supo este hecho; pero no hizo nada por remediarlo; despues adulteró lo sucedido, y hasta quiso tomar aires de mandon—Todo aquello era finjido; comedia ó mas bien dicho tragedia!

Dejaré en blanco otras escenas, no menos interesantes de la primera noche del casamiento. Me guardaría muy bien de contarlo todo—Prefiero, como el viejo, echarla de diplomática; y guardaré algunos cartuchos en la cartuchera para hacerle fuego al folleto.

¿Te acuerdas de lo que dijo el padre aludido, respecto de la posición de su hijo por su profesion, la cual le daba una renta equivalente á un fuerte capital?... Pues bien—Pregúntale tú, cuando se separó á la niña de la casa materna, quién fué que compró la casa para los esposos, en 20 y tantos mil pesos, y quien pagó las ropas y los muebles, importantes en 9 mil y pico de pesos.

No fué el hijo con su profesion y su renta (ficticia); tampoco fué el padre aludido con la renta que le producen los Albaceasgos—¿quien fué, pues? La madre de la niña, porque lo que es el padre, no andaba en todo eso muy gustoso—Pero hay mas—La escritura de la casa se habia ya mandado estender, como regalo de boda, á nombre del esposo; las cuentas de los muebles se le iban á pasar, y hasta se le ofrecieron 20 ó 30 mil patacones, para poblar una estancia.

Pocos dias despues.... ni el padre aludido, ni el hijo y esposo de la niña, podian poner ya los pies en la casa de los padres de la novia, por intimación formal del jefe de aquella casa convertida en duelo y amargura.

¿Porqué fué ese cambio súbito? ¿porqué se rompió la escritura de donación de la casa? ¿porqué, en fin se rompieron aquellos lazos y aquellas relaciones de cinco años cuando recién se acababan de reanudar, con la union de dos familias! ¿Porqué ni el amor de aquella hija amada fué bastante para impedir que sus padres rompieran para siempre con el viejo aludido y su hijo?

Es claro, Marcelina, que algo de muy gravísimo debió pasar, es manifiesto que los padres de la niña tuvieron un motivo terrible, para ese cambio repentino. Y es claro también que ese motivo no fué otro, sino la infame calumnia arrojada contra el honor de aquella madre tiernísima y apasionada, de aquella muger, hasta entonces esclava del amor de su hijo y de las virtudes fingidas de su yerno. ¡Engaño terrible, al cual debe hoy su desgracia y la de su hija!!!

Con estas revelaciones que ahora te hago, Marcelina, de la verdad pura que no temería repetir delante de Dios que me escucha, se explica uno de los misterios que en el público no estaba muy claro, por las intrigas del padre aludido para disculpar su echada de la casa materna.

Es una triste verdad que la madre de la niña soñaba con ese casamiento, y no falta quien se pregunte por qué se queja hoy.

La razon es clarísima—Esa madre estaba ciega, engañada—no veía mas que la felicidad de la hija que idolatraba. Los ardides del viejo aludido y de su hijo para presentarse impecables fueron sin numero.

No hablaban sino de religion—Toda la sociedad era pura corrupción para ellos—En una palabra—la hipocresía y la premeditación durante cinco años, lograron alucinar á una madre idolatra, y esta creía que no habria un hombre en la tierra que hiciera mejor la felicidad de su hija.

Qué engaño! qué terrible ceguedad! Todo aquel sueño dorado, toda aquella prometida felicidad fué un sueño; y hoy no queda otra cosa sino un grande infortunio doméstico! una desgracia que no tiene reparacion posible!...

¿El padre aludido dirá todavía que todo esto es falso? dirá que no es cierto todo esto?... Es muy capaz de eso y mucho mas. Pero ahí están los hechos—La gente de conciencia honesta y honrada juzgará.

Y aun quiere mentirnos! y aun quiere escribir libros! pamplinas, señor padre aludido. Obras son amores y no buenas razones. Escribirá vd. sobre el agua.

En fin, el buen viejo ha dicho en su célebre carta ó sermón que va á probar solemnemente cuanto dice en ella.

Ya lo veremos; pero me parece Marcelina, que la prueba está ya tardando mucho.

Y á proposito ¿qué entenderá el padre aludido por probar solemnemente?

Te contieso, hija del alma, que yo me confundí—A no ser que espere á esponder su prueba con berrete de cardenal—Quien sabe! No falta quien crea que si llega á enviudar tomará el hábito clerical.

Pero has visto, querida, que pasión por las cosas de la Iglesia!

El esposo de la niña dijo también mas de una vez á la madre de esta, que sino se casaba con aquel angel se metía á fraile.

En cuanto al viejo, ya es sabido que poco le costaría llegar hasta cardenal.

Ya creo que ha sido Obispo, ó á lo menos consejero de prebendados—Y lo que es por estas comarcas, ya sabemos que su consejo puede y es escuchado.

Pero volviendo á la prueba solemne, yo, hija mia, me daré por satisfecha con que nos pruebe solamente que es cierto que no le gustaba el casamiento de su hijo.

Con eso basta y sobra.

¿Porqué sería entonces que andaban todos en posesion, despues del casamiento? Luciendo la pareja en el teatro y, en fin, ¿porqué el viejo la traía en palmitas á la niña?

Me siento cansada y talvez te fatigo, querida Marcelina.—Suspenderemos pues, por hoy. No nos faltará tiempo, ni materiales.

Tuya de corazon

Angela.

N. B.—Despues de escrita esta carta y cuando ya iba á mandarla, la suspendo porque me dan una noticia.

Vamos claro, amiga mia! Me acaban de decir que el padre aludido ha pretendido verte, Marcelina, con intencion de ver si quieres escribir esta novela; pero dándote él las apuntaciones—No te comprometas muchacha; y sobre todo, no te fies del viejo.... Mira que miente mucho.

La persona que me comunica esto, agrega que lo que está escribiendo no es un folleto, como se ha dicho, sino apuntes para un libro....pues, el que quiere encargarte á tí, para vindicarse.

Echalo con cajas destempladas, Marcelina, y creeme que ganarás con eso.

Vale.